

Pobreza: el Prometeo encadenado de la sociedad costarricense

Rafael Arias Ramírez (*)
para **CAMPUS**
rafael.arias.ramirez@una.cr

El análisis de la pobreza se ha convertido en un tema central en la relación entre crecimiento económico y desarrollo humano. Diferentes enfoques teóricos y metodológicos han venido a enriquecer la comprensión de este fenómeno complejo. Dichos enfoques, no solo han contribuido con el desarrollo de herramientas analíticas de gran utilidad en el estudio académico, sino que también los resultados empíricos de investigaciones en el campo han informado y permitido un mejor diseño e implementación de políticas públicas para abordar el desafío de reducir la pobreza y avanzar hacia mayores niveles de bienestar y desarrollo humano para la ciudadanía. En esta dirección se inscriben los esfuerzos del Centro de Investigación de la Universidad de Oxford, denominado *Oxford Poverty and Human Development Initiative* (OPHI), creadores del Índice de Pobreza Multidimensional (IPM). De igual forma, han sido muy relevantes los estudios desde el *Jamil Poverty Action Lab* (J-PAL), del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), acreedores del premio nobel de economía por sus aportes a la comprensión y aplicación de políticas de precisión para la reducción de la pobreza en el mundo.

A pesar de que por muchos años la pobreza se concibió como un problema de insuficiencia de ingresos para satisfacer una serie de necesidades básicas de consumo, esta definición ha venido experimentando transformaciones y mejoras, a partir de la investigación académica, para aproximarse a nuevas formas de entender y medir la pobreza. Es así como, Sabina Alkire y James Foster, del OPHI, desarrollan el Índice de Pobreza Multidimensional (IPM), que toma en cuenta las privaciones o carencias que las personas pueden experimentar en diferentes áreas de su vida y que van más allá del ingreso monetario. Este esfuerzo nos permite entender que en la explicación de la pobreza inciden otros factores, como el lugar de residencia, el acceso a los mercados laborales estables y formales, el acceso a bienes y servicios básicos y los niveles de escolaridad y capacidades de las personas y los hogares.

Para el caso nuestro, en los últimos 25 años el país ha sido, no solo incapaz de superar el umbral de la pobreza, sino que,



Existen estudios recientes que han georeferenciado la pobreza en todo el país, a partir de los cuales se tiene certeza de dónde se encuentran los hogares pobres y cuáles son sus características.

además, ha visto aumentar la desigualdad en la distribución y concentración de la riqueza, tal y como se comprueba con el comportamiento del coeficiente de Gini de la última década. Ambos problemas, intrínsecamente relacionados, se agudizan cuando se analizan según criterio territorial, por las distintas regiones de planificación, cantones o, incluso, a nivel de *clústers* de pobreza, identificados mediante el uso de unidades geográficas mínimas, al nivel de cuadrantes en las zonas urbanas.

A pesar de las nuevas metodologías para diseñar e implementar políticas de combate a la pobreza con una visión multidimensional, la Contraloría General de la República, en diciembre de 2019, hizo un llamado de atención al Gobierno de la República, al señalar que "...no existe una política general formalizada y un plan nacional de lucha contra la pobreza" (*CRHoy*, diciembre 15, 2019); según el informe, el número de personas en pobreza se incrementó en más de 65,000 entre el 2018 y el 2019. Esta información se basa en la Encuesta Nacional de Hogares (Enaho) del 2019, que se publicó en octubre del mismo año. En esta encuesta, el Instituto Nacional de Estadísticas (Inec) consigna que un 23,9% de la población costarricense es pobre, lo que, en términos absolutos, significa que hay 1,207,381 personas en pobreza para el 2019. En términos de hogares en esta condición, se tiene que entre julio de 2018 y julio de 2019, hubo un incremento absoluto de 7,047 hogares más en pobreza, para un total de 335,895 hogares.

Una realidad preocupante. En primer lugar, por el impacto que esta situación acarrea para un porcentaje muy importante de la población (23,9%) y de los hogares (21,0%), en los cuales se reproduce el círculo vicioso de la pobreza, que además tiene rostro femenino e infantil. Si analizamos el problema de una forma más desagregada, nos damos cuenta que el drama es mayor de lo que los promedios nos indican. Es así como observamos los altos niveles de incidencia de pobreza en algunas de las regiones periféricas, donde dicha incidencia tiene relaciones de causalidad estructurales con otras variables, como las tasas de desempleo, la precariedad e informalidad del trabajo, las bajas tasas de participación laboral femenina, el limitado acceso y la baja calidad de servicios básicos y de apoyo para el desarrollo humano.

Una de las preguntas que debe preocupar a los hacedores de política en esta materia es ¿cómo hacer para conciliar estos resultados con los compromisos adquiridos en el marco de la agenda 2030, para el desarrollo sostenible? ¿Nos quedaremos en el discurso, otra vez...en la mediocridad e ineficacia de las políticas?, ¿cuántas veces se ha señalado que, más allá de los problemas de coordinación interinstitucional, lo que tenemos es uno más grave, que tiene que ver con la capacidad de dirección y liderazgo del ente rector en esta materia?

Las políticas para combatir o aliviar la pobreza en el país deben tomar

en cuenta las particularidades que la misma presenta en las distintas regiones y cantones del país, de manera que dichas políticas sean más efectivas en su intervención. No hay excusas para que esto no sea así, ya que existen estudios recientes que han georeferenciado la pobreza en todo el país, a partir de los cuales se tiene certeza, usando unidades geográficas mínimas, de dónde se encuentran los hogares pobres y cuáles son sus características, según sean hogares en zonas urbanas o rurales, o con jefatura femenina o de otro tipo. Así mismo, otros estudios han hecho contribuciones para tomar en cuenta las variables territoriales, de distribución y acceso al mercado laboral y a los servicios de educación y salud; factores determinantes en la calidad de vida de la población.

Estaría bien si los encargados del diseño e implementación de los programas y políticas públicas para reducir la pobreza apliquen el enfoque de capacidades y desarrollo humano del premio nobel Amartya Sen. Para un impacto más efectivo de las políticas de alivio a la pobreza entonces hay que enterarse de lo que han venido haciendo, con tanto éxito, en el Laboratorio de Acción para el Alivio de la Pobreza, del MIT, y que le ha valido a sus investigadores, el premio nobel de economía del último año. De sus investigaciones se puede aprender que hay que tomar en consideración el contexto diferenciado en el que se expresa la pobreza, a la par de involucrar en su solución la opinión de quienes la padecen y de las organizaciones no gubernamentales, que trabajan a nivel local-comunitario, directamente con poblaciones vulnerables. A partir de ahí, es posible obtener la información necesaria y relevante para la definición y evaluación del impacto de la aplicación de diversas políticas. A esto es a lo que se le ha denominado, por parte del J-PAL, políticas de precisión para el alivio de la pobreza.

Ojalá que el llamado de atención de la Contraloría tenga asidero en los encargados de diseñar e implementar planes y políticas públicas para la reducción de la pobreza. En este proceso, las universidades públicas pueden jugar un papel estratégico.

(*) *Profesor catedrático de la Escuela de Economía de la UNA.*